

EL VUELO DE ÍCARO /

Coordinación: Coriolano González Montañez
Número: CLXXIX

DE LÍRICAS ISLAS

JORGE DE ARCO

Deian Yealth dejó escrito el pasado siglo, en su poemario *Materia de la luz y de la mar*: “El hombre es una isla donde nadan sus sueños, / donde se abrazan límpidos su destino y su sed”. Y acerco los bellos versos del poeta galés, tras la lectura de *Islas, Islas* (Pre-Textos, Valencia, 2012), libro galardonado con el VII Premio de Poesía Javier Egea y que desde su primer poema nombra con exactitud la magia intrínseca que guarda cada una de estas inolvidables ínsulas.

Su autor, Pedro Molina Temboury, (Málaga, 1955) es un hombre devoto de las letras, y así lo demuestran sus incursiones en muy distintos géneros, novela, libros de viajes, guión cinematográfico poesía... En este último, destacan sus dos primeros volúmenes, “País de Octubre”, y “El mago”, editados en 1981 y 1983, y galardonados con los premios *Puerta del Sol* y *Ciudad de Melilla*, respectivamente. Después de dos décadas sin editar poemario alguno, el autor malacitano dio a la luz “Escenas de mi vida sexual” (2006), al que se une ahora esta lírica singladura.

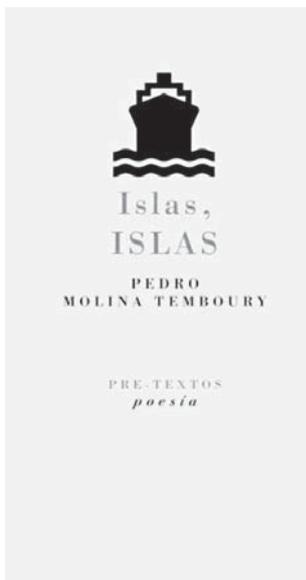
Vertebrado bajo la autenticidad de un viaje en torno las islas del Dodecaneso y escrito íntegramente durante el citado periplo, Molina Temboury se deja ganar por el equilibrado esplendor de los paisajes, por el rumor sumergido de las mareas, por la desnudez de las aguas, por la incandescencia de la arena..., en fin, por esa odisea robinsoniana que es la vida finita del ser humano, y que, aquí y ahora, el yo poético expresa de modo cómplice y turbador: “Toda isla es un proyecto de orden (...) Hacia el sur se va el barco / que no vendrá a llevarme. / Isla soy y no náfrago: / la exactitud de ser”.

Con un lenguaje pleno de plasticidad y concreción, este cántico avanza a través de un sentido juego de contrastes, donde anhelo y remembranza (“Qué extraño que me bañe / en las islas de Grecia / y me recuerde niño / nadando en una playa / de las costas de Málaga”), presencia y ausencia del amado tacto, clasicismo y modernidad (“el deseo de ser isla / y que nada te alcance / sin istmos ni penínsulas ni mareas vadeables. / sin pasado ni nombre, sin internet, sin móvil /)..., que se van sucediendo de manera sobria y precisa y dotando al discurso de imágenes vigorosas, vitales, aventureras.

sas, vitales, aventureras.

El poeta se apoya en un sabio ritmo versal, en una música acordada que ayuda a acompañar la lectura a un *tempo* de calma espiritual, donde la certidumbre de sus impresiones se convierten en concretas y reales, sin necesidad de exotismos ni oropeles y que celebran la verdadera identidad de quien saborea por un tiempo el aroma lento de la dicha: “Más allá de sus playas / las islas son también / higueras y lentiscos, / pistachos, alcaparras, (...) El paseo de la tarde / y las velas de cera / que vamos encendiendo / de una ermita a otra ermita / sin pedir más deseo / que no acabe el verano”.

Cuando el viaje toque a su fin, querrá también el lector sumergirse en aquellos mares, bordear sus azules costas, ovillarse entre las olas, olisquear sus estivales brisas, desembarcar en sus cálidos puertos, atracar en sus muelles, avistar de nuevo tierra firme y llegar, por ejemplo, hasta “Patmos, última escala. / Acabar el viaje donde se acaba el mundo, / donde ya no hay más islas / ni ninfas, ni poesía. / Terminar este libro / donde se escribió el libro. / Un final que estremece / como un Apocalipsis”.



CÓMO NOMBRAR EL AMOR EN ESTOS TIEMPOS

M CINTA MONTAGUT

Isabel Bono
Pan comido
Bartleby poesía
Madrid 2011

Isabel Bono es una poeta distinta, una poeta que cada día sale a la calle con una cámara para con ella retratar lo minúsculo, lo que a nadie le importa, una hoja caída de un árbol, un reguero de agua, una mota de polvo, y después ofrecernos esa realidad que se nos escapa, que no miramos ni nos llama la atención a través de uno de los varios blogs que mantiene y en los que escribe a diario.

Tiene, Isabel, un poco la mirada del entomólogo, del coleccionista de instantes, del que pasa por la calle y no ve una calle sino un universo entero en cada esquina, en cada acera. Y esa mirada que

lo ve todo, que mira y penetra en la realidad para después explicárnosla la ha aplicado en este libro de poesía en el que el amor, la relación amorosa es analizada, explicada, “autopsiada” y, lo que a mi modo de ver es más importante, conectada con el mundo real no solo de la voz poética en si misma sino con su realidad física en la que están presentes las cosas comunes y corrientes de la casa “De la casa conservo la llave de tu cuarto” “apagué la tele, la estufa y la luz”, o acciones banales y cotidianas que en este libro adquieren una entidad distinta, se individualizan y se hacen únicas en medio del caos que es tosa relación amorosa.

Además de lo cotidiano encontramos también muchas referencias al mundo de la cultura “Las pasiones no se ven como se ven los incendios”/dijo Stendhal”, “Debemos ser abstractos con los recuerdos, / eso dijo Klee”, Susan Sontag, Bukowsky y otros muchos nombres



circulan por estas páginas como por su casa. También la música pop “Billy Bragg canta a Woody Guthrie”. Y un gato que se llama Galileo que es testigo de todo cuanto ocurre entre los amantes.

El libro es, en realidad, una larga carta dividida en doce partes en la que la voz poética de dirige a un tu presente unas veces y otras ausente. El yo se desenvuelve en un magma de encuentros y desencuentros consigo mismo y con el otro, con el interlocutor presente en el texto aunque a veces ese tu tan presente es un desdoblamiento del propio yo.

El lenguaje del surrealismo se une al más simple y hasta poético algunas veces. Las imágenes siempre sorprendentes consiguen de una forma eficaz transmitirnos las vivencias y el análisis interior del yo poético que en estas páginas ama, lucha por no hacerlo, olvida y sufre y que no es más que la excusa o el desencadenante de un discurso poético y de un mundo sorprendente.